

## PROBLEMAS DE ANTROPOLOGIA APLICADA.

LUIS FERNANDO VELEZ V.

*Se encuentra tambien en separata  
de este mismo número*

Nacida a la vida científica, a la sombra de las sociedades filantrópicas y misionales de la Europa del siglo XIX, la Antropología atraviesa actualmente una crisis de acomodación al medio y de señalamiento de linderos.

Ya no basta para definirla, el ambiguo concepto etimológico, ni es suficiente para comprenderla, el conocer uno o mil grupos ágrafos. Ahora, en la era técnica hace falta definir con precisión y la mejor manera de hacerlo, en cuanto a la Antropología se refiere, es retroceder en el tiempo y seguir los significados que con su rótulo se han escalonado en los dos últimos siglos.

Parece que la Antropología propiamente dicha, para la escuela precursora de los anatomistas franceses, lo fue únicamente la Antropología Física. Estudio del cuerpo humano. A su lado nació la Etnología, estudio que hacía de la pseudo-científica descripción etnográfica, elaborada por misioneros, exploradores y aventureros, una verdadera ciencia de la cultura de los pueblos. Pero ambas ciencias, Antropología y Etnología, consideradas en su época como oponibles, estaban signadas por la sombra del pasado o del primitivismo. En efecto, la Antropología (física), se empeñaba por estudiar los fenómenos de la evolución humana en el pasado y todo lo relacionada con el hombre físico de las comunidades primitivas aún existentes. Por su parte, la Etnología, estudiaba culturas, pero culturas exóticas, primitivas, ágrafas y prehistóricas.

Parece como si ese par de ciencias fuesen ciencias fundadas en la urgencia. Tenían que florecer y rendir frutos rápidamente, antes de que desapareciera el objeto de su estudio, o antes de que fuera aún más oscuro el pasado que cubría al hombre prehistórico y su cultura. Se descubrieron costumbres en trance de extinción, sin mucho análisis y se recopilaron datos que hoy son basamento de la moderna ciencia antropológica.

Muchas décadas después empezó a hablarse de la Escuela Norteamericana. A ciencia cierta, sólo podemos decir que tal escuela es de alguna manera integradora, porque considera que la Antropología es el todo dentro del cual se pueden agrupar la Antropología Física y la Cultural, junto con la Social forma esta última, acuñada en Norteamérica, primero como término denominador y luego como cuerpo de conocimientos científicos. Lo que en la Escuela Francesa era Etnología, es aquí Antropología Cultural, pero desligándole una parte primordial para taldar aparte: lo social.

Pero este integracionismo de la Escuela Norteamericana, es efímero puesto que en sus filas se hipertrofia la Antropología Cultural y se minimiza la Antropología Física, rama científica que ha logrado demostrar ciertamente lo insostenible de las tesis racistas y laborado con ahínco por demostrar la igualdad biológica de todos los hombres.

Antropología es, para quienes se empeñan por conciliar los valores de las dos escuelas matrices, un conjunto de ciencias, encrucijada de lo social y lo biológico que se orientan hacia el estudio del hombre en cuanto homínido, esto es, en cuanto organismo animal, filogenéticamente evolutivo, y en cuanto humánido, es decir, en cuanto ser dotado de razón, virtual creador de cultura y siempre en interrelación con el homínido.

Nuestro concepto no excluye al hombre de ninguna época ni de ninguna región. Está encaminado a mostrar la inmensidad del panorama antropológico, pero sin tratar de desdibujar sus linderos. El objeto es muy preciso: el hombre. Sus obras nos interesarán en cuanto nos hablen de él y no al contrario, como ocurre en las demás ciencias. Al arquitecto, por ejemplo, le interesaría el hombre, en cuanto que habita y ora en construcciones. Al antropólogo le interesarán tales construcciones en cuanto que le hablan de la conducta y la cultura del hombre. Y así acontece con todas las demás ciencias.

Pero donde radica el posible mérito de nuestro sinteticismo es en el hecho de no dejar separar tajantemente ramas de la Antropolo-

gía. Estamos convencidos de que sólo por medio del englobamiento bio-cultural se puede llegar a la comprensión del hombre. Es de su esencia la interrelación de espíritu y materia y tratar de separarlos, para su estudio, conlleva un desenfoque irreparable.

Concebida así nuestra ciencia, se enfrenta hoy al dilema que le plantea la universal sociedad económica y técnica en la cual vivimos: o rinde frutos tangibles o perece.

En principio, la Antropología se aferra a sus dogmas. Nada de rendir tributo tangible, ni mucho menos económico. Hay que hacer ciencia por ciencia. Pero ante la presión del medio, del cual desaparecen por completo los mecenas desinteresados y los filántropos desprevénidos, la Antropología Social, es decir, la rama más joven de la Antropología, opta por venderse al mejor postor. Y resulta postor, lo cual no ocurre con la Antropología Física o Cultural. Sólo hay quien se interesa por la Antropología Social que es la más aplicable a ciertas empresas, muchas veces de ética dudosa. Surge así la Antropología Aplicada, para nosotros sinónimo por excelencia de Antropología Social.

Ya empieza a hablarse de la Antropología Aplicada, como "prostituta Científica", apelativo crudo pero de innegables visos realistas. En efecto, el conocimiento que el antropólogo logra sobre cualquier grupo humano, se caracteriza por la profundidad. Se remonta a su prehistoria y se prolonga hasta el presente. El antropólogo es el científico mejor dotado para un estudio de conjunto, claro está, dentro de su objeto. Alcanza a compenetrarse de tal manera con el grupo que investiga, que le es fácil anotar cuáles son sus resistencias latentes ante cualquier cambio cultural y lo que es mejor aún, entiende claramente por qué se produce tal resistencia y cómo se puede salvar.

De lo anterior salta a la vista la utilidad de la Antropología como ciencia aplicada. Quienes requieran para cualquier propósito la colaboración, aún pasiva, de un grupo humano de cultura diferente a la propia, podrán pedir la ayuda al antropólogo para que les indique el camino a seguir. El antropólogo, sin formarse un juicio ético, indicará que mediante el empleo de determinados sistemas es posible obtener determinados resultados con el grupo de que se trate. Su investigación y sus conclusiones en esta labor, estarán costeados por un gobierno interesado en obtener mejor cooperación de su colonia, o interesado en lograr integrar a su desarrollo a ciertos conglomerados atípicos de su población, inclusive dentro de los linderos de la pro-

pia metrópoli. También pueden estar costeados por un gobierno que desee conocer las reacciones y sentimientos de un pueblo, con miras a una empresa bélica. Igualmente puede costear sus trabajos un grupo religioso que quiera misionar con efectividad, para lograr que sus enseñanzas alcancen profundidad y suplanten efectivamente las creencias originarias del grupo.

Una empresa comercial o una explotación industrial también pueden servirse del antropólogo y el caso es fácil de imaginarse cuando se trata de firmas que explotan riquezas en territorios selváticos, poblados por grupos primitivos. Una empresa que explote petróleo, metales o maderas, en áreas selváticas, sacará buen partido de la labor del antropólogo, que le servirá de intérprete, no tanto de la lengua, cuanto de la cultura íntegra del grupo poblador de la respectiva comarca.

Es lógico que quien costea la investigación, lo haga con un fin utilitario y que además exija del investigador un cierto molde de conducta. De aquí surge la Antropología Comprometida, quebradero de cabezas para quienes se interesan por la ética de las ciencias.

Que el antropólogo se compromete con quien contrata sus servicios y que emplea su ciencia con fines de ética dudosa, es algo palpable si tomamos como ejemplo el caso citado por los ilustres antropólogos norteamericanos, Ralph Beals y Harry Hoiyer, en la primera edición española de su obra "Introducción a la Antropología". Dicen textualmente:

#### "1. Qué hacen los antropólogos

A primeros de enero de 1944, los bushmasters (soldados especialmente instruidos para la guerra en la selva) del ejército de los Estados Unidos extendieron la cabeza de puente Arawe, en el sur del Pacífico, unos 1.000 metros. Los bushmasters eran la sola unidad del ejército de los Estados Unidos, preparada antes de la segunda guerra mundial para la lucha en la jungla. Habían sido adiestrados y equipados gracias a los esfuerzos de un antropólogo cuya experiencia en su campo científico resultaba adecuada para esta tarea. Otro antropólogo, un especialista en el sur del Pacífico, ayudó a incrementar la eficiencia de las industrias pesqueras nativas en esta área, y en Sudamérica, rica fuente de caucho bruto, antropólogos que conocían el pueblo y el país acometieron el complejo problema de abas-

tecer nuestra limitada provisión de este material bélico esencial.

Son estos únicamente algunos ejemplos dramáticos de la participación de los antropólogos en el esfuerzo bélico. Hubo pocas operaciones guerreras que no hicieran uso de algún modo de los antropólogos profesionales o de los datos que los antropólogos habían proporcionado. Ya en 1942 se empleó a los antropólogos para ayudar al adiestramiento del personal del ejército y de la armada en el gobierno y en la administración militar de las regiones ocupadas. Más tarde, en colegios y universidades esparcidos por todo el país, antropólogos que tenían conocimientos especiales de las lenguas y costumbres de los pueblos de Asia, Africa y del sur del Pacífico, contribuían esencialmente al programa de adiestramiento especializado del ejército, que preparaba hombres para enlaces y otros servicios en muchos frentes de combate de la segunda guerra mundial. De la misma manera, antropólogos que habían vivido y trabajado en regiones poco conocidas de la tierra concurrían poderosamente a la labor de la Oficina de Información de la Guerra, la Oficina de los Servicios Estratégicos, la Junta de Guerra Económica, los Servicios de Abastecimiento y de la Inteligencia, tanto del ejército como de la armada y otros departamentos gubernamentales" (1).

Vale anotar que estos párrafos tan dicentes, fueron prudentemente eliminados en la segunda edición española de la obra comentada,

Como se ve, el antropólogo está encarado actualmente a una traición al propio objeto de su estudio: el hombre. Pero no comprometerse, equivaldría a no aplicar su ciencia (no hacerla productiva) y ésto significaría carencia de medios económicos para investigar. Es claro que esta alternativa ética no se presenta para otras ramas de la Antropología, como la Antropología Física, la Arqueología, la Etnología, etc., pues tales ramas si bien rinden frutos aún económicos, no son aprovechables actualmente para la destrucción del hombre o de algunas formas de cultura, sino antes bien, para su mejor conocimiento y para la dilucidación de su pasado y su futuro. Sólo la Antropología Social (o Aplicada) es en si misma un problema ético.

El antropólogo siempre tendrá que preguntarse, como científico, hasta dónde puede contribuir a que un pueblo sea más conocido para

facilitar la guerra contra él, o para explotarle, o para cambiarle su modo de vida, ofreciéndole trabajo en oficios hasta este momento desconocidos para él, o para variarle sus formas sociales, religiosas o lingüísticas.

No siempre será fácil responder el interrogante que se plantea cuando un grupo humano está en situación de ser objeto de un cambio cultural o de un lavado cerebral, en cualquier sentido.

Claro que ya se va superando la posición romántica que trataba de conservar, como bajo una campana de cristal, los reducidos grupos primitivos, las poblaciones ágrafas, aborígenes de todos los continentes. Pero ello no excluye el que siga siendo difícil precisar la bondad o malicia de los cambios que las nuevas orientaciones, forzosamente llevarán para el grupo. El antropólogo por más imparcial y analítico que llegue a ser, siempre tendrá prejuicios, de sumo peligro cuando se trata de decidir la suerte de un grupo.

Si bien el problema ético no se ha salvado, ya van surgiendo algunas tesis dignas de ser consideradas. La más atractiva es la de la neutralidad ética, que podríamos resumir de la siguiente manera: el antropólogo sólo será un asesor técnico, que dice a quien le pregunta (léase paga) lo que puede acontecer a un grupo humano, de aplicarse en él ciertos métodos, cualquiera que sea el fin buscado. Pero para que esta solución sea verdaderamente ética, deberíamos añadir que de igual manera el antropólogo está obligado a decir al grupo que va a ser objeto de la acción foránea, como son la cultura, los métodos y la idiosincrasia del grupo que sobre él va actuar. Eso sería poner a las partes en el plano de una relativa igualdad. No pasamos por alto, sin embargo, la utopía que encierra esta solución. En la práctica, el antropólogo dirá al colonizador mucho sobre la cultura de los nativos y a éstos, poco sobre la cultura del colonizador. Igual cosa ocurriría con el misionero y el nativo, o con el industrial y el nativo. Pero aún si dijera mucho al nativo, éste difícilmente podría sacar de esos datos el provecho que en otras manos pueden realmente rendir.

Hasta este momento nos hemos referido a la aplicación de la Antropología por parte de grupos foráneos. Y esa aplicación ya sabemos que se hace únicamente de la Antropología Social, aunque tal ciencia necesariamente requiere los aportes de las otras ramas de la Antropología.

Ahora veamos otros fenómenos. Pongámonos en el caso de un grupo, una nación, por ejemplo, poseedora de técnicas antropológicas, que quiera autoestudiarse, es decir, aplicar tales técnicas en sí misma. Lógicamente, tal aplicación no será romántica, sino que supon-

drá la consecución de algún beneficio. Veamos cuales pueden ser los posibles beneficios que el conocimiento antropológico, en todos los órdenes, conlleva para un grupo que se autoanaliza antropológicamente.

En primer término, el autoanálisis conlleva el rescate de valores autóctonos. Desapercibidos fragmentos de su cultura pretérita, saldrán a la luz gracias a la labor del arqueólogo. Pero no es simplemente excavar fragmentos, sino primordialmente poner a hablar tales fragmentos sobre la cultura total del antepasado que los creó. Esa es una clase de rescate de valores. Pero indudablemente no la más importante. Esos valores materiales arcaicos, así sean monumentales, no representan tanto para el grupo como los valores espirituales y sanguíneos que en un momento cualquiera de su historia puedan sobrevivir aún en estado latente.

Hay en todo grupo humano una serie de aptitudes y actitudes, cuya procedencia parece inexplicable. La actitud que el hombre asume frente a lo desconocido, frente a los fenómenos naturales, frente a los hechos sociales o frente a los cambios culturales, muchas veces sólo puede explicarse como una herencia ancestral, sobre todo cuando esas actitudes son generalizadas dentro del grupo.

Lo mismo ocurre con las aptitudes o predisposiciones naturales para determinada actividad o labor.

Pues bien, son esos valores, manifestados en aptitudes, actitudes y sentimientos, los que el antropólogo debe rescatar, es decir, poner en evidencia.

Si se tiene en cuenta que para la adquisición y formación de tales sentimientos, actitudes y aptitudes, el grupo ha debido pasar por un proceso secular de acrecentamiento y decantación, se comprenderá fácilmente que tales valores se presentan en el grupo como una relación casi ecológica.

En la consolidación del valor cultural, con carácter de institucionalizado, necesariamente existe una consideración físico-ambiental. El hombre es el linaje, y el medio geográfico. Lo que para el filósofo es la "circunstancia" para el antropólogo lo es la ecuación raza, ambiente físico y grupo. Lo que ha alcanzado a ser institución dentro de un grupo, es porque lógicamente está acorde con la mentalidad del grupo y porque es practicable en el ambiente físico en el cual el hombre mora. Por eso los valores más valiosos (pleonasmos conscientes) son para cada grupo aquellos que han alcanzado la secularización, porque tal secularización o añejamiento, no es otra cosa que el testimonio de que tales instituciones se han ecologizado, es decir, que presentan concordancia absoluta con la mentalidad, la biología (recuérdese que

la raza es algo biológico) y el medio físico habitado por el grupo, comprendiéndose en este medio físico una consideración especial sobre recursos naturales.

Ahora, ya es palpable cómo el rescate de valores es de vital importancia para un grupo. El grupo que en su proceso adaptivo y cultural adquirió una cierta destreza, facilidad o aptitud, puede haberla ido perdiendo lentamente ante el advenimiento de técnicas o productos supletorios. Pero posteriormente, recobrar esas destrezas o hábitos puede representar su salvación económica. Diganlo si nó los culturólogos que han fomentado el resurgimiento de las labores artesanales en todos los países. Y lo que decimos de las aptitudes, es predicable con mayor razón de los sentimientos y actitudes, puesto que éstos son más ecológicos y culturales que aquellas.

Ese rescate de valores ancestrales es básico, puesto que sólo ese tipo de valores tipifican e individualizan las culturas de los pueblos. Colombia, por ejemplo, es conocida por su café, industria ancestral, por sus esmeraldas, explotadas desde antes del descubrimiento de América, y por sus valores etnográficos y arqueológicos (grupos aborígenes, estatuaria Agustiana, cultura Quimbaya, Museo del Oro, etc.). Esos ejemplos son todos de valores ancestrales. Algunos de ellos, a más de ancestrales, pueden ser inclusive caducos. Pero siempre estarán en primer plano, debido a su firmeza centenaria. El antropólogo no pretende que los colombianos vuelvan a labrar estatuas de piedra al estilo agustiniano, o a hacer ollas de barro a la manera Quimbaya. Sólo aspira a que se reflexione sobre lo ecológico que hay en tales valores. Una estatua agustiniana en el desierto del Sahara, se vería tan desambientada como en Nueva York. Esta estatua es algo ecologizado, es decir, fue producida en un ambiente dado que en gran parte pudo propiciarla e inspirarla.

Sólo tomando ejemplos en los valores ecologizados, únicos que son firmes, alcanza un pueblo una cultura que pueda llamarse original, típica o autóctona que permita individualizarlo y que a la vez lo faculte para sacar por sí mismo el máximo de beneficios y recursos del medio en que habita. El intercambio y contacto con grupos foráneos de culturas diversas, cuando es muy estrecho y subordinante aliena la inventiva y lleva a producir híbridos culturales indeseables, ya que forzosamente convierten al más débil de los grupos en parásito que muere al cesar la simbiosis.

Pero aún para quienes deseen ser más utilitaristas, el autoanálisis antropológico es capaz de presentarles ventajas innegables. El ejemplo es palpable si consideramos el caso de cualquiera de los países

sudamericanos que tienen actualmente en su población indígena un innegable problema. Hasta ahora el dilema ha sido: o explotarla (aún exterminarla) o llevarla a cuestras. La moral no permite, afortunadamente, lo primero. Queda lo segundo, es decir, llevar a cuestras los grupos aborígenes o abandonarlos a su suerte. Todo por una falta de conocimiento antropológico que permita integrar a tales grupos a la marcha cultural total. Esa integración es posible a base de comprensión. El indígena puede ser incorporado a la vida cultural y económica de un grupo, en plano de igualdad con otros conglomerados, siempre que tal incorporación se haga en forma científica y respetuosa de sus valores y tradiciones.

Lo que ahora es aún lejano, llegará a ser un problema urgentísimo al cabo de una década, ya que los grupos indígenas son los más ecologizados o ambientados de todos los pobladores de América. Ellos son los únicos que se han aclimatado en las regiones más inhóspitas. Y precisamente esas regiones, selvas y desiertos, serán muy pronto las únicas reservas disponibles que los países tendrán para la satisfacción de sus necesidades. Esa explotación sólo será posible a base de aprender los secretos de ambientación en tales regiones que los grupos aborígenes tan maravillosamente han logrado dominar. Recuérdese, por ejemplo, que muchos "civilizados" han tenido que aprender las costumbres y la dieta alimenticia de los esquimales para poder sobrevivir en sus territorios, aún poseyendo valioso equipo y numerosas provisiones.

Se trata, pues, dentro de nuestra cultura economizada, de poner al indígena a producir y la única forma de hacerlo de modo efectivo, es poniéndolo a producir dentro de su propio medio y con los recursos que ese mismo medio físico le ofrece, ya que por su ecologización con el medio, no sólo está capacitado para explotarlo al máximo, sino que además, si se le extrae de ese medio tendrían que pasar por un penoso proceso de aclimatación biológica y cultural al nuevo medio, lo que indudablemente mermaría y retardaría su capacidad productiva.

Una planta o un animal que se transplantan a climas y regiones diversos a los terrígenos o nativos, tienen que emprender un proceso de aclimatación, pero esa adaptación es enteramente biológica. En cambio, si es el hombre el que es extraído de su propio medio, no sólo debe adaptarse biológica sino también culturalmente, lo que hace más difícil y compleja su adaptación. Claro está que el hombre posee armas culturales que pueden ayudarle a su propia ambientación biológica, pero ello no elimina totalmente la dificultad del proceso ya que posiblemente se adapte primero la biología y sólo mucho des-

pués la cultura. El ejemplo lo vemos claro en los indígenas que habitan, confundidos con enormes masas humanas en algunas grandes ciudades. Biológicamente están adaptados a plenitud. Gustan del clima y de los alimentos. Pero socialmente son verdaderos inadaptados que discurren una existencia solitaria y hermética.

Llegará pronto el día en que el imperativo económico logre lo que no han logrado los resortes morales, religiosos y sociales: que los gobiernos se preocupen conscientemente por la población indígena de sus respectivos países. En este momento, los militares, los economistas, los abogados, y los políticos, serán incapaces de reemplazar al único profesional capacitado para hacer frente a la situación: el antropólogo.

El antropólogo, primero que todo, limará asperezas, eliminará hostilidades, inclusive evitará martirios inútiles, moverá resortes culturales latentes y logrará la colaboración social de los conglomerados aborígenes. Sólo el antropólogo, pedagogo nato, podrá hacer calar en la conciencia primitiva el desconocido concepto de patria.

Ya hemos visto cuales son las actividades de un antropólogo dentro de un país que se autoanaliza antropológicamente. Nos resta poner en evidencia el principal resultado de ese autoanálisis. El efecto, será, ante todo, el surgimiento de un sentimiento de sano orgullo patrio. Orgullo valedero por lo propio, por lo autóctono, por la raza, por el ancestro, que surgirá indudablemente dentro del grupo que se ha auto-estudiado. El ejemplo lo tenemos en Méjico, país que a través del rescate de valores propios, ha alcanzado una indudable independencia y un notorio progreso.

El nacionalismo sano, es factor de desarrollo y no un mero prejuicio. Eso bien lo saben los países ya altamente desarrollados, a quienes generalmente no interesa que otros países alcancen tal estado. Por eso la Antropología, fuente de saludable y medido nacionalismo, es una ciencia llamada a desarrollarse siempre con base en los recursos humanos y económicos propios de cada país, pues las grandes potencias poco interés deben tener en el surgimiento de la conciencia nacionalista de los pueblos menos desarrollados. A lo sumo podría pensarse en una colaboración internacional circunscrita a países de una cierta similitud en cuanto a necesidades y potencialidades. Por ejemplo, nada se opondría a que los países latinoamericanos trataran en conjunto de obtener el desarrollo de las ciencias antropológicas dentro de sus respectivos territorios. Casos como el de Paul Rivet, quien siendo francés hizo surgir la Antropología en América, sólo se explican en una época pasada en la que no se le conocían tantas im-

plicaciones políticas a la Antropología y además, sólo se explican en el propio Rivet quien gracias a su reciedumbre científica sabía anteponer los valores culturales a cualquiera otra consideración.

Los gobiernos colonialistas requieren la labor del antropólogo como informante y consultor, pero no ven con buenos ojos el surgimiento de movimientos antropológicos dentro de la colonia cierta o potencial, porque ello retardaría la absorción completa y haría más difícil su dominación.

A. Houghton Brodrick, en su libro "El hombre primitivo", dice:

"Hay quienes afirman que la arqueología prehistórica y la antropología, debieran formar la base de toda educación. Apenas si se puede calificar como extravagante tal acerto, pues no se conocen otras disciplinas más a propósito para combatir el nacionalismo, el provincialismo y demás prejuicios". (2).

Bien que el autor ha tomado el término "nacionalismo" en su sentido peyorativo, lo que le permite considerarlo como prejuicio. Tal vez lo que realmente quiso significar fue la amplitud de horizontes que la Antropología da a quien la estudia. Se borran los linderos artificiales y el estudioso empieza a sentirse como parte de una universalidad total pues va comprendiendo el engranaje bio-cultural de todos los pueblos. Pero esa misma estimación que va cobrando por todo lo que hable del hombre y de la cultura, lo lleva a valorar justicieramente muchas instituciones culturales y raciales que le rodean y que hasta ese momento había menospreciado. Es decir, en ese instante eleva a la categoría de "valor" a entes desprovistos anteriormente de ese significado, y como es lógico, mientras más inmediatos geográfica y temporalmente le resulten, más fácilmente podrá elevarlos a tal categoría. Entonces valorará primero lo que es elemento constitutivo de nacionalidad y surgirá, en este sentido, el nacionalismo sano de que ya hablamos y que entendemos como simple amor valorativo por la raza y la cultura propias.

Ojalá hayamos logrado el objetivo que nos habíamos propuesto y que no era otro que el de poder demostrar que la Antropología no es una ciencia de las cosas raras, de los indios, de los huesos, de las cavernas y de las hachas de piedra, sino que por sobre todo es una ciencia de y para el hombre y que por tanto ofrece repercusiones insospechadas en lo económico, en lo religioso, en lo político y en lo internacional.

## BIBLIOGRAFIA Y CITAS

- 1 BEALS, Ralph y Harry Hoijer. - Introducción a la Antropología. Editorial Aguilar. Madrid 1.964.

(Y la segunda edición española de la misma obra, aumentada, 1968).

- 2 BRODRICK, A. HOUGHTON - El Hombre Prehistórico. Trad. de Chita de la Calle. Breviarios, Nº 107. Fondo de Cultura Económica. México 1.964. Segunda Edición española.

KROEBER, A. L. y otros. - Cultura y Sociedad. Trad. de Anibal Leal. Editorial Libros Básicos. Buenos Aires. 1.965.

RIBEIRO-DURHAM, Eunice - Problemas Actuales de Antropología Aplicada. En "América Latina", Año 9, Nº 1, enero-marzo de 1.966, p.p. 116 - 125.

TAX, SOL y otros. - Antropología, una nueva visión. Trad. de Antonio Garza y Garza. Editorial Norma. Cali, Colombia, 1.967.

## LAS PLANTAS ALUCINOGENAS Y SU IMPORTANCIA EN LAS CEREMONIAS RELIGIOSAS ABORIGENES

Dr. Guillermo Cano P.

h

### INTRODUCCION:

Un gran impulso al progreso de los grupos humanos, fue motivado por la introducción de la agricultura en los pueblos Nómadas. El principal problema de estas gentes, era la obtención del sustento el cual lo-graban primordialmente de la caza y la pesca viéndose forzados a emi-grar constantemente. La llegada de la agricultura y su aceptación co-mo gran proveedor de las necesidades alimenticias, convirtió su vida nómada en sedentaria. Cultivaron en un principio únicamente, aquellas plantas que les proporcionaban un alimento inmediato. Poco a poco, vieron la importancia de otras especies que por sus características botá-nicas, les facilitaban techo, ropa y protección, encontrándose dentro de éstas las palmas, las cortezas de ciertos árboles y los jugos de algunas, como el Curare.

Las heridas ocasionadas durante las incursiones guerreras y en las jornadas de cacería, les obligaron a emplear diferentes procedimientos para ayudar a la cicatrización y curación de ellas, en muchos casos apli-caban varios tipos de arcilla o tierras directamente sobre la herida, en otros usaban emplastos preparados a partir de diferentes plantas, en es-ta forma, fueron muchas las personas que murieron y muchas también las que se mejoraron. Fue así por medio de la experimentación, como llegaron a conocer perfectamente las propiedades curativas y tóxicas de